

Rosdolsky Roman. **Friedrich Engels y el problema de los pueblos "sin historia"**. Cuadernos Pasado y Presente, No. 88, Siglo XXI Ed. México, 1980, 224 p.

Sabido es que en la polémica intermarxista uno de los adjetivos más hirientes es el de "revisionista"; revisionistas son los heréticos que traicionan el espíritu de la teoría y doctrina marxistas; los que intentan deformar el materialismo histórico alterándolo, tergiversándolo o injertándole elementos considerados extraños a su esencia. En la obra que reseñamos, se puede comprobar cómo los propios creadores del materialismo histórico han sido los primeros "revisionistas". Rosdolsky muestra con base en los artículos publicados en un periódico de izquierda radical, la **Neue Rheinische Zeitung**, durante la tormenta revolucionaria de 1848-49, los perfiles básicos de una concepción etnocentrista, evolucionista-occidentalista que considera la existencia de "pueblos sin historia", es decir, pueblos que "en su pasado no consiguieron crear ningún sistema estatal vigoroso y de tal modo... ya no poseían fuerza alguna para obtener su autonomía nacional en el futuro" (p.10).

Esta concepción, ciertamente no muy revolucionaria y refutada por los hechos históricos, era sólidamente sostenida por uno de los principales colaboradores del periódico mencionado: Federico Engels. El gran compañero de Carlos Marx (que no dejaba de compartir muchos de los puntos de vista del autor del **Anti-Dühring**, como lo señala Rosdolsky) hacía a un lado muchos de los principios del materialismo histórico en aras de una visión prejuiciada del mundo, la cual concibe la existencia de "pueblos reaccionarios" (es decir, aquellos que se resisten al progreso capitalista o reniegan de la felicidad burguesa) con lo cual su

barbarie, al no desaparecer, obstaculiza la imposición mundial de un régimen social de producción que, como capitalista, sienta las bases del socialismo. Sin embargo, tales pueblos sin historia tampoco tienen futuro, y la sociedad burguesa en su arrollador avance termina por absorberlos. Los checos, croatas, ucranianos, rutenos, etcétera, son rémoras que deben desplazarse si se persigue el triunfo de la revolución. Que Engels participaba de este tipo de ideas incluso en sus épocas de madurez lo señala Rosdolsky cuando transcribe opiniones del creador de **Dialéctica de la Naturaleza** hacia los años ochenta del siglo pasado; tales opiniones presentan a los servios, búlgaros, griegos y otros “degolladores” como “miserables escombros de ex-naciones” (p.137).

En su alegato contra los pueblos sin historia, Engels recurre al arsenal hegeliano, con su planteamiento acerca de que sólo unos pueblos y no otros son portadores del progreso histórico, y cae presa de una concepción idealista y metafísica (por ende nada marxista) en la cual la base material y la lucha de clases pasan a segundo término, y en cambio se postulan ideas a cerca de la vocación de algunos pueblos al atraso (lo que se ejemplifica manipulatoriamente con algunas ilustraciones históricas escogidas al efecto) y su resistencia al progreso. Como apunta Rosdolsky, “debimos volvernos contra esa fundamentación porque se nos manifiesta como una herencia de la concepción idealista de la historia y, por ende, como un cuerpo extraño en el edificio teórico del marxismo (se refiere, por supuesto, a la fundamentación de la ‘incapacidad del desarrollo’ de varios pueblos)” (p. 130).

En el marxismo, los máximos avances acerca de la cuestión nacional y del problema de las nacionalidades han sido aportados por la obra leninista, que, desde luego, es contrapuesta a la teoría de los “pueblos sin historia”. Sin embargo, estos problemas están lejos de haber sido resueltos dentro del materialismo histórico, y la herencia germánico-occidentalista se ha seguido filtrando en las obras de muchos intelectuales de izquierda (al respecto, Rosdolsky señala cómo la gran dirigente germano-polaca Rosa Luxemburgo es una típica heredera de la concepción hegeliano-engelsiana de los pueblos sin historia).

El hecho de que hasta grandes pensadores e indomables revolucionarios como Marx, Engels y Luxemburgo hayan participado en concepciones etnocentristas del tipo de las indicadas, muestra la necesidad que tienen esos “pueblos sin historia” o las “etnias marginadas” de desarrollar su propia conciencia nacional o étnica, de hacer germinar y desarrollar en su seno una intelectualidad orgánica, que exprese y caracterice las particularidades de su desarrollo y las necesidades nacidas del mismo. A fin de cuentas, los pensadores citados eran gran-europeos; no reflexionaban en términos de aquellos pueblos que condenaban. Las ideas sobre el

“progreso” que ellos tenían no podían por menos de excluir a esos pueblos, ya que como Rosdolsky señala: “. . . esta tarea (la tarea de la Historia, según Engels, JG) consiste en la abolición de todo ‘particularismo’ y en fusión de la humanidad europea en unidades políticas y económicas cada vez mayores. Había que saludar todo lo que la historia ya hubiese consumado a este fin; todo lo que amenazaba con abolir la ‘centralización’ ya existente en favor de nuevos ‘particularismos’ debía ser rechazado por reaccionario y ‘antihistórico’ según su punto de vista” (p.130).

En Engels la cuestión nacional no sólo aparece elaborada a partir de unos cuantos dogmas idealistas, que le imposibilitan plantearse la integración en la diversidad -de ahí su pánico a los ‘particularismos’-; muestra además, en muchos casos confusión de planos y niveles. Cuando Engels declara: “En lo atinente a ‘opresión’, los eslavos no fueron más oprimidos por los alemanes que la masa de los mismos alemanes”. Aquí Rosdolsky señala justamente que Engels supone que opresión nacional y opresión social son la misma cosa (p.109).

Ciertamente, mucho del encono de Engels a estos pueblos nacía del hecho de que gran parte de las tropas contrarrevolucionarias en 1848 se componían de nativos de estos “pueblos sin historia”. Rosdolsky ofrece una excelente explicación de este fenómeno. A fin de cuentas, si se multiplicaran los batallones de San Patricio, las guerras de conquista y opresión no hubieran aparecido en la historia.

El libro de Rosdolsky contiene dos apéndices sobre la posición del periódico antes citado ante el problema judío y sobre la contrarrevolución staliniana en el problema nacional. Para todos aquellos interesados en el despertar de las nacionalidades, el libro de Rosdolsky, el notable pensador marxista analista de los **Grundrisse**, es de lectura obligada.

**Francisco Javier Guerrero**